

EB.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 360

25 cts.



LA
PEQUEÑA
MISS DAVIS

por
VERA REYNOLDS
y

VICTOR VARCONI
Filmoteca
de Catalunya

DE MILLE, William

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción { PANAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración { Teléfono 2717 A

Año VII BARCELONA N.º 360

LA PEQUEÑA MISS DAVIS

(THE LITTLE ADVENTRESS, 1927)

Deliciosa comedia, interpretada por

VERA REYNOLDS, ROBERTO OBER, PHILLIS HAVER,
TEODORO KOSLOFF y VÍCTOR VARCONI

SELECCIONES

Producers Distributing Corporation
(PRO - DIS - CO)

Exclusiva de

JULIO - CÉSAR, S. A.

ARAGÓN, 316 — BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de
WLADIMIR GAIDAROW



Estrenada a Madrid el mayo 1928

Revisado
por la censura gubernativa

Imp. Badía - Dr. Dou, 14, - Barcelona



La pequeña Miss Davis

Argumento de la película

Al casarse — cinco años atrás—, Leonardo y Victoria convinieron en que el matrimonio no tendría más que una sola voluntad; pero desde el primer día trataban de saber — sin poder resolverlo — si la voluntad había de ser la de él o la de ella.

Indudablemente, Victoria tenía más motivo de queja de su marido que su marido de ella, porque las discrepancias de los cónyuges obedecían única y exclusivamente al buen deseo de la esposita de que el marido estuviese lo mejor posible en cuanto a salud.

Pero Leonardo entendía que era él quien tenía razón, y sabido es que cuando dos se empeñan en tenerla, ninguno la tiene; y es fa-

tal que casi siempre surjan desagradables cenas.

Aquel mediodía, durante la comida, el marido parecía ausente de la casa, cuando en realidad estaba sentado a la mesa a escasa distancia de su mujer. Pero parecía ausente, hemos dicho, porque no pronunció ni una sola palabra durante toda la operación gastronómica, ni siquiera a la hora de los postres.

¿Qué le sucedía?

¿Acaso los esposos estaban de morriña?

No. La causa del silencio del marido era el interés que tenía para él la lectura del periódico.

Victoria se esforzaba en hacerle salir de su mutismo, sin conseguirlo nunca; ya que cada vez que le preguntaba algo o le ofrecía algún plato, contestaba por gestos.

La conducta de Leonardo entristecía a Victoria, que gustaba de que la mimasen como a una muñequita. Y sufría más porque amaba mucho a su marido.

Leonardo era... como todos los hombres: un mandón. En su casa no había otro jefe que él, y nadie más podía hacer lo que se le antojare. Sólo él, que para algo habían de servirle los pantalones.

Victoria no le criticaba a su marido su or-

gullo de "cabeza", sino su resistencia a obedecerla en lo que ella le aconsejaba como beneficioso para su salud.

Pero Leonardo no comprendía sus buenos propósitos y creía que su mujer se había propuesto hacerle la vida imposible.

El cántaro se fué llenando, y tanto y tanto se llenó, que el agua rebasó, inundándolo todo.

La inundación ocurrió aquel mismo día.

Véase cómo fué:

Leonardo encendió una pipa después de comer y su mujer se la quitó de la boca, para que no le hiciera daño el fuerte tabaco, en primer lugar, y después para que no llenase la casa de humo y acre olor.

—Dame la pipa en seguida — gritó el marido, furioso.

—Rico mío, no debes fumar eso. Ya sabes que no te conviene.

—Dame la pipa, y hasta. ¿Me la das?

—Pero... ¿no comprendes?

—¡Estoy harto de tanta tontería! Déjame hacer alguna vez mi santa voluntad en paz. Te metes en todo, en lo que como, en lo que fumo, en lo que hago... ¡Y no estoy dispuesto a tolerarlo más!

—¡Oh, Leonardo, cómo me tratas!

—Como mereces que te trate.

—Yo... yo... ya no puedo soportar más tiempo tu crueldad.

—Haz, pues, lo que quieras. Un día u otro tenía que llegar esta escenita que tanto interés has tenido en buscar.



La causa del silencio del marido era el interés que tenía para él la lectura del periódico.

—¡Ingrato! ¡Eres la ingratitud hecha carne!

—No me marees. Ahí te quedas, y desata tus nervios con los muebles. ¡Adiós!

Dió un portazo y desapareció sin sentir la menor piedad hacia su mujer.

Victoria quedó llorando desesperadamente, sobre todo ante el temor de no volver a ver más a su esposo, pues había visto en la actitud de éste una firme resolución.

Para vaciar toda su indignación en un espíritu amigo, Leonardo dirigióse a visitar a Elena Davis, una joven artista en el arte pictórico, que aun no tenía la suficiente experiencia para comprender que todos los maridos se creen incomprendidos por sus respectivas mujeres.

Ni que decir tiene que al ponerse a hablar de las flaquezas y defectos de su mujer se le desató la lengua, para convencer absolutamente a Elena de que el único que tenía razón era él.

Y Elena, apiadada de Leonardo, que le habló de Victoria como si fuese un ogro o poco menos, le prodigaba frases de consuelo.

Leonardo se encontraba en el Paraíso junto a Elena. Esta mujercita, tan graciosa como chiquita, le parecía ideal. ¿Por qué no la conoció antes de casarse con Victoria?

Mirándola amorosamente, le dijo:

—Da gusto hablar contigo, Elena. Tú me entiendes completamente y comprendes mi manera de ser.

Elenita dió un suspiro, conteniendo la simpatía que le inspiraba Leonardo, y exclamó:

—¡Pobre hombre! ¡Qué desgraciado eres!

—Sí, muy desgraciado, Elena, y sólo me faltaba ahora saber que vas a marcharte de aquí por unos cuantos meses, para ir a pintar en otros países.

—Me pesa dejarte, porque te veo tan infeliz.

—Ya sabes que tú eres mi única amiga, y sin ti me va a parecer mi vida un martirio más grande de lo que actualmente ya es.

—Lo siento, Leonardo... créeme que lo siento mucho, pero ya he decidido mi partida para mañana mismo.

—Elena, mi dulce amiga, te suplico que no te vayas... Estoy seguro que sin tu compañía no voy a poder vivir. Elenita, tú sabes que desde que te conozco te visito con frecuencia porque he hallado en ti más que una amiga... la compañera ideal para un espíritu como el mío. Si tú quisieras, Elena... A tu lado yo me sentiría otro hombre... olvidaría mis malos ratos pasados y la felicidad me sonreiría siempre.

—Leonardo, eres casado y no puede permitir que me acompañes en mi viaje... ¿Qué diría la gente?

—Cuando yo sea libre, Elena mía, me casa-

ré contigo, y el mundo se admirará de que seas mi mujer.

—¿Piensas, pues, decididamente, divorciarte?

—Es fatal que mi esposa y yo nos separemos para siempre, y más desde que he leído en tus ojos que estás dispuesta a compartir tu vida conmigo. ¿No es verdad, Elena, que eso me han dicho tus lindos ojos?

—No debemos obrar a la ligera, Leonardo... Si te casaste con tu esposa es porque la querías, no hay duda... ¿No será, pues, un exceso de amor propio herido lo que te induce a pensar en el divorcio?

—Elena, convencida estás de que seremos muy felices los dos tan pronto el divorcio de mi esposa haya sido pronunciado, pero tu bondad es tan grande que aun intentas abogar por la mujer que en lugar de darme la dicha no ha hecho más que convertir mi existencia en un infierno. Mi mujer no me ha comprendido nunca, Elena, y tú, en cambio, has sido siempre para mí el corazón amigo.

—Me da pena verte tan desgraciado, y, francamente, tu compañía me será lo grata que puedes suponer, pero, una vez más, te ruego que reflexiones, no vayas a cometer un grave error.

—Yo te amo, Elena, y quiero que seas mi

mujer. Estas son mis últimas palabras. ¿Serás mi esposa, vida mía?

Elenita calló, turbada por la declaración de Leonardo, y dejóse acariciar apasionadamente las manos por él.

Entretanto, en casa de Leonardo, donde, como sabemos, se encontraba sola su esposa Victoria, ocurría una escena idéntica a la que se desarrollaba en el estudio de la pintora Elena.

De modo que Victoria no estaba ya sola. Lo estuvo hasta que llegó, de visita, Antonio Ruso, un joven actor con más pretensiones que un pavo real, que había conocido a Victoria sin que lo supiera Leonardo.

Victoria era muy aficionada al teatro, por lo que la amistad con Ruso le resultaba sumamente agradable.

Ya eran varias las veces que Ruso había sido invitado por Victoria a tomar el te, en su casa o en la de sus buenas amigas, y aquella tarde fué tan casual como oportuna su visita a la cuitada.

Victoria aprovechó la presencia de su visitante para descargar, como lo hizo Leonardo con Elena, su pesar en él, dejando, en justa venganza, en muy mal lugar a su marido.

El actor, que era un comodón, encontraba adorable a la disgustada esposa, pues ésta, en

su manía de tratar a cuerpo de rey a su marido, estuvo atentísima con él, sirviéndole el te con exquisita amabilidad y encendiéndole un cigarrillo como si lo hiciera a su propio esposo.

—Es maravilloso, Victoria, lo bien que sabe usted hacer las cosas que gustan a un hombre — no pudo menos de decirle el actor, envolviéndola en cálidas miradas.

—Me gustaría que mi marido las supiera apreciar del mismo que usted — respondió Victoria, muy agradecida.

—Es indudable que sus caracteres son incompatibles. Es enterrarse en vida vivir así, mi gentilísima amiga.

—Sí, usted lo ha dicho... Es enterrarse en vida.

—Usted es demasiado buena, amiga mía, y sabido es que de los buenos se abusa mucho. Su marido merece una lección... ¿Por qué no dársela? Yo estoy dispuesto a todo por su felicidad. ¿Quiere aceptar venir conmigo, como agregada a mi Compañía, en la *tournee* que voy a emprender? Yo le aseguro que sabré demostrarle...

Se acercó hasta rozarla... y añadió:

—Venga conmigo, se lo suplico... La felicidad será nuestra inseparable compañera.

—Sí... Es una lección que la crueldad de mi marido tiene sobradamente merecida.

—Entonces, ¿vendrá usted conmigo, Victoria?

—Ya está decidido, y estoy convencida de que a su lado llegaré a ser una gran actriz.

—No le faltan facultades para ello, se lo aseguro.

Y quedó convenido que saldrían aquel mismo día para reunirse con el resto de la Compañía.

*
**

Muy lejos de todo centro habitado se encontraba el "Rancho del Cielo", en el que vivía su propietario, Jorge Lafuente, un caballero que se consideraba muy feliz porque era soltero.

Acababa de llegar, procedente de la ciudad, a su apartado retiro, y su chofer le dijo:

—¿Me da el señor permiso para ausentarme hasta mañana?

—Bueno, váyase, pero vuelva pronto — respondió Jorge afablemente.

Y con el chofer partió el *auto*, quedando, pues, Jorge Lafuente, a notable distancia de la ciudad y sin medios mecánicos de comunicación.

En aquellos momentos un *auto* se encontraba en las cercanías de la morada de Jorge y en un cruce de caminos. ¿Cuál de éstos era el que debían tomar los ocupantes del coche?

El hombre, pues era una pareja, dijo:

—Me parece que esta es la carretera que va al Lago de Cristal. Recuerdo haber venido por aquí en *auto* el pasado verano.

La mujer opinaba lo contrario, pero el varón hizo su santa voluntad... y metió la pata hundiendo las ruedas del coche en el barro, sin poderlo sacar de aquel atolladero por más esfuerzos que hizo.

—Malo... malo... ¿Habrá por aquí al menos alguna posada? — dijo, preocupado, el hombre.

—¡Qué contratiempo! ¡Y de noche nada menos! Pero, mira: ahí en el fondo veo una casa de lujoso aspecto — contestó la mujer.

—Es verdad. Vamos a pedir ayuda a quien la habite.

Al poco llegaron ante el "Rancho del Cielo", así denominado por Jorge porque en él vivía alejado de todo bullicio y muy tranquilo.

Acudió a abrirles la puerta el criado, sorprendido de que alguien fuera a interrumpir la tranquilidad de su señor:

El hombre le dijo:

—Tomamos este camino equivocadamente y hemos metido nuestro coche en el barro, sin que hayamos podido desatascarlo. ¿Hay algún hotel, o mesón, o lo que sea, cerca de aquí?

Jorge acudió, miró complacido a la mujer que iba con el caballero que había dirigido la palabra al criado, y respondió por éste:

—Siento mucho decirles que no hay nada en esta comarca. Mi casa es grande y tengo mucho gusto en ofrecerles mi hospitalidad.

El caballero apresuróse a contestar, entrando en la casa con la mujer, que parecía atemorizada:

—Aceptamos encantados y agradecidos. Nos presentaremos nosotros mismos: Leonardo Smith y señora.

Esta, que era Elena, no acertaba a mirar fijamente a Jorge, llena de turbación, temerosa de que se le descubriera en el rostro que no era casada ni mucho menos.

Jorge observaba atentamente a Elena y comprendió que lo de "señora" no le pertenecía todavía, pues al caerle a ella el monedero

se lo recogió y pudo leer el sobre de una carta en el cual había su nombre de pila y el de su familia, además de la palabra preliminar, que decía Señorita.



... al caerle a ella el monedero se lo recogió...

Sonrió, pensando que se trataba de una pareja amorosa, y dijo al criado:

—Dominico, acompaña a los señores Smith a las habitaciones azules.

Elena azoróse más, pero Leonardo, cogién-

dola del brazo, la empujó hacia las habitaciones particulares, que estaban situadas en el piso superior de la casa.

Y Jorge comentó para sí:

—Linda es ella.

En el camino cercano otro *auto* se había atascado, a la misma altura del coche de Leonardo y Elena.

Lo ocupaban el actor Antonio Ruso y Victoria. Iban por la carretera, y en el cruce dijo Victoria ante la vacilación de Ruso:

—Estoy segura que este es el camino del Lago de Cristal.

La segunda pareja se encontraba, pues, en el mismo caso que la primera, y como por allí cerca no había otra casa que la de Jorge, hacia ella se encaminaron.

Jorge les abrió la puerta y su extrañeza fué enorme al ver a dos nuevos viajeros extraviados, porque viajeros eran también éstos, a juzgar por las maletas que llevaban consigo.

—¿Han tomado ustedes equivocadamente el camino? — les dijo, anticipándose a ellos.

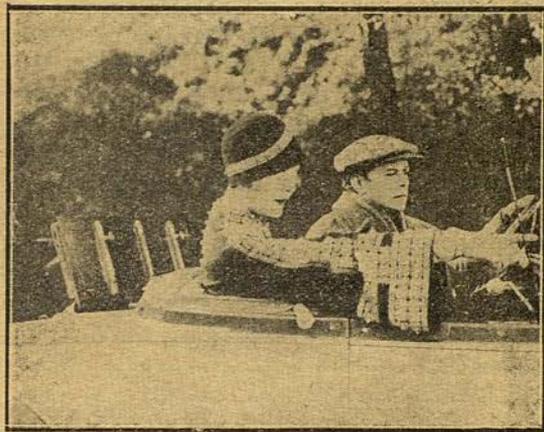
—Sí, en efecto, y no nos fijamos en las tablas que hay en la parte del camino llena de barro y nuestro *auto* quedó atascado.

—Siento no tener ni a mi chofer ni mi *auto* para ayudar a ustedes a sacar el suyo del atolladero, pero, pasen; les ofrezco mi ca-

sa hasta el regreso de mi chofer, que será mañana por la mañana.

—Mil gracias, señor. Permita que nos presentemos... Somos el señor y la señora Ruso.

Victoria vacilaba, pero el actor, que no es-



—Estoy segura que este es el camino del Lago de Cristal.

taba para comedias, la empujó con las maletas hacia dentro.

El criado volvía al salón de acompañar a la primera pareja, y dijole Jorge ocultando una sonrisa:

—Dominico, el señor y la señora Ruso también se han extraviado y serán nuestros huéspedes. Acompáñelos a las habitaciones blancas.

El criado murmuró una maldición contra el barro del camino y muy ceñudo acompañó a la segunda pareja a sus habitaciones.

¿Qué iba a pasar en el "Rancho del Cielo" aquella noche?

Algo gordo, sin duda.

Elena y Victoria estaban muy preocupadas, por haber sido presentadas por sus respectivos acompañantes, para no comprometerse, por sus verdaderas esposas, pero confiaban en la caballerosidad de los dos hombres... y en la feliz circunstancia de haber dos dormitorios independientes en las habitaciones que les habían sido destinadas.

*
**

Jorge mandó a su criado a avisar a los huéspedes para la cena, y los primeros en bajar al salón fueron Elena, muy mona, y el ac-

tor Ruso, vestido de smoking como un perfecto *gentleman*.

Un poco después salieron de sus respectivos dormitorios Victoria y Leonardo, y al ir a descender al salón se vieron frente a frente, pasmándose uno y otro.

¿Qué hacía allí Victoria?

¿Qué causa justificaba la presencia de Leonardo en aquella casa?

Pero al mirar hacia el salón y ver a Elena y a Ruso, comprendieron que cada cual por su lado había formado pareja a su gusto.

¡Qué osadía la de Leonardo!

¡Qué desfachatez la de Victoria!

¡Ah! Aquello no iba a quedar de aquel modo. Se imponía la inmediata separación de las parejas ilegítimas. Pero, enojados, los auténticos esposos decidieron continuar la farsa para vengarse uno de otro. ¡Si! Que Leonardo pensara que Victoria era "amiga" de Ruso; y que Victoria no dudase de que Leonardo amaba a Elena, ocupando, *como marido*, la habitación de ella.

Reuniéronse, pues, Leonardo y Victoria con Elena, Ruso y Jorge, y éste presentó a las dos parejas.

Leonardo dijo, abrazando a Elena, que hacía cinco años que estaban casados, y Victo-

ría, para devolverle la pelota, repuso, abrazándose a Ruso:

—¡Qué coincidencia! Lo mismo que nosotros.

Jorge no cesaba de observar a Elena, y al ir a sentarse a la mesa, para cenar, le ofreció cariñosamente el brazo, quedando Leonardo sin pareja.

Después de cenar, y cercana ya la hora de retirarse a descansar, Leonardo y Victoria se cambiaban insistentes miradas.

Leonardo parecía decir a su mujer, para que rabiase, cuando en realidad el que rabiaba era él:

—Ahora me iré a dormir con esta encantadora muchacha.

Y Victoria, fingiendo una frescura polar, decíale, al parecer, a su vez:

—¡Qué bien estaré en la cama con este apuesto amigo!

Jorge sonreía, contemplando a Elena, y preguntábase qué haría ésta cuando Leonardo la acompañase a sus habitaciones.

Las dos parejas despidiéronse del generoso dueño de la casa y fueron a sus respectivas habitaciones.

Leonardo, portándose correctamente, dejó a Elena en su cuarto y él se fué al lindante, pero no para meterse tranquilamente en cama, si-

no para ir al de su verdadera mujer... a fin de evitar una catástrofe.

Ruso no era como Leonardo. Victoria le gustaba y no creía que ésta hubiese aceptado acompañarle para que le contase cuentos a la luz de la luna. El era realista e iba al grano. Se desvistió tranquilamente en el cuarto inmediato al de Victoria y luego, cubierto con un flamante pijama, presentóse ante ella, con la intención clara y precisa de reclamar un puesto en su lecho. No era tonto, ¿eh?

Pero Victoria, pretextando encontrarse indispuesta, le obligó, suavemente, dándole hábilmente esperanzas para más adelante, a ir a su cuarto.

Entonces entró en la habitación de Victoria su verdadero esposo.

Airado, Leonardo le dijo:

—¿Qué significa eso?

—¿El qué?

—¿Quién es ese hombre que te acompaña?

—¿Y quién es esa mujer que va contigo?

—¡Yo soy yo!

—¡Y yo soy yo!

—Te exijo que vengas a mi cuarto.

—Estoy muy bien aquí.

—Te arrastraré.

—¡Pobrecito!

Atraído por el rumor de la disputa, Ruso

abrió la puerta de su cuarto y entró en el de Victoria, sorprendiéndose al encontrar con ella a Leonardo, cuya verdadera personalidad desconocía.

—¿Qué hace usted aquí con... mi mujer?— le dijo, agresivo.

—¿Con su mujer? Hombre, me gusta su tranquilidad.

—Márchese inmediatamente, o no respondo de mí. Le creí a usted un caballero, pero veo que me equivoqué.

—Pero... pero... pero ...

—No hay pero que valga... Márchese usted de aquí inmediatamente.

—No lo logrará usted, señor fresco, digo, señor Ruso. Yo me quedo aquí, porque tengo a ella más derecho que usted.

—¿Se ha vuelto usted loco? ¿Ha bebido usted demasiado? O se marcha en seguida o llamo al señor Lafuente.

Este, que estaba al acecho, pues vió a Leonardo penetrar en el cuarto de Victoria, empujó la puerta y presentóse ante ellos.

—¿Quién me llama? — inquirió, haciéndose el ignorante de todo.

—He encontrado a este *caballero* con mi mujer y se resiste a abandonar por las buenas esta habitación — contestó Ruso.

—¿Cómo? ¡Esto es intolerable! Caballero,

salga inmediatamente y ya verá lo que hago con usted.

Leonardo suplicaba la ayuda de Victoria, mas ésta, en su afán de darle una lección, se mantuvo insensible, abrazada a Ruso, al que, al quedar a solas, obligó de nuevo a ir a su cuarto, cerrando tras él la puerta, para evitar cualquier peligro...

En tanto, Jorge imponía como castigo a Leonardo el dormir en un pabellón aislado en el jardín, encargando al criado que no le llevase su maletín conteniendo los objetos de su aseo personal, a fin de que al día siguiente se presentase sin lavarse ni afeitarse ante Elena.

Después de esto llamó al cuarto de Elena, que estaba todavía vestida, y le reveló, sonriéndole de todo corazón, que había descubierto su verdadero estado.

—¿Qué dice usted? ¿Dónde está mi marido? — respondió, orgullosita, la gentil doncella.

—¿Su esposo? ¿Está usted completamente segura de que es casada?

—Suponga que sea soltera. ¿A usted qué le interesa?

—Pues le diré que me di cuenta en seguida de dos cosas: que no está usted casada y que no quiere usted al hombre que la acompaña.

De modo que, para protegerla, señorita Elena Davis, he mandado a Leonardo al pabellón del parque.

—¡Oh! ¿Por qué ha hecho usted eso? Muchas gracias por su protección, pero debo decirle que se protegerme yo sola.

—También se que es usted una locuela algo romántica y no quiero que le suceda nada desagradable.

—Le vuelvo a dar las gracias, pero le haré notar que soy libre, tengo buena salud y veintiún años.

—Buena salud, es cierto, veintiún años, quizá... pero libre, no.

Y apenas hubo dicho esto cerró la puerta con llave y desde el exterior añadió:

—Buenas noches, duerma bien; no se preocupe, que quedará libre para la hora del desayuno.

Elena quedó rabiando, pues era una rebelde incorregible, y Jorge se puso a pensar en ella, reconociéndose enamorado por primera vez en su vida. ¡Qué ironía del Destino! El amor echaba abajo las puertas de la fortaleza que él se hizo construir para que no pudiera llegar hasta él.

Y pasó la noche sin más incidentes.

*
**

Al día siguiente, Leonardo, en batín y calzoncillos, enseñando las piernas, presentóse en el salón de Jorge, para reclamar su traje, que el criado se llevara sin intención, por lo visto, de devolvérselo.

Elena, muy enojada con Jorge, vió a Leonardo y apresuróse a reunirsele, pero la impresión que le causó su adorador no fué precisamente excelente.

Además, Leonardo, que había pillado un resfriado de pronóstico grave, estornudaba por series y era imposible hablarle, pues no podía contestar. Estaba hecho una calamidad, por obra y gracia de Jorge.

Elena quería marcharse inmediatamente, para no tener que sufrir la vigilancia de Jorge, mas éste, viendo que el flaco de Leonardo eran los mimos, le aconsejó que no abandonase su casa hasta la completa curación del resfriado. Y Leonardo agradeció el interés que se tomaba el dueño de aquel retiro.

Victoria apareció poco después en el comedor, donde su marido se desayunaba, y al verle enfermo se olvidó de todo y volvió a ser para él la esposa amante, la exagerada enfer-



Elena quedó rabiando...

mera. Y Leonardo, cual un niño, dejése curar por ella.

Ruso, apareciendo en el comedor en último lugar, vió a Victoria acariciando a Leonardo, y al ir a pedir a éste una explicación,

ella se la dió completa revelándole que era su marido, del que ya no quería separarse.

Y Ruso optó por marcharse, lamentándose de la inconsecuencia de las mujeres.



...le aconsejó que no abandonase la casa hasta la completa curación del resfriado.

Elena, que no se había enterado aún de que Victoria era la esposa de Leonardo, manifestó a éste nuevamente su deseo de marcharse, pero el enfermo, que estaba acostado,

le respondió sin preocuparse de la situación en que él la había metido:

—¿No ves que estoy enfermo?

Fueron pasando las horas, a cual más amarga para Elena. Pero la rebelde, que se negó a comer y a hacer caso a Jorge, empezaba a darse cuenta de que en su vida se había presentado un hombre que de veras la quería.

Jorge se le presentó por centésima vez en poco tiempo, y esta última vez le dijo, ahondando:

—Elena, usted sabe bien que no quiere a Leonardo, ni le ha querido nunca. Usted se apiadaba de sus desdichas supuestas y esto es todo lo que ha existido entre ustedes. Pero no quiere usted admitir que se ha equivocado y que no es Leonardo el hombre que usted ha soñado.

—¿Quiere usted decirme quién le ha dado el derecho de convertirse en mi guardián? — le espetó ella.

—Tengo este derecho desde el momento en que la vi, porque desde entonces la quiero. Yo era un hombre muy feliz siendo soltero y puedo decirle que yo no he hecho nada para que usted viniera aquí. Pero usted ha venido y ahora se que no puedo dejar de quererla.

—Estoy desesperada, pues yo no tengo la

culpa de lo que sucede ni de que usted sea de este modo.

—Yo también estoy desesperado, pues antes no quería dar besos y ahora me parece que no voy a tener otra solución que darte un beso.

Y se lo dió bruscamente.

—¡Oh! ¡Cómo le odio! — exclamó, furibunda, Elena, apartándose de él para ir a liar su maleta en su habitación.

*
**

Al besar a Elena, ¿cómo había procedido Jorge, bien o mal?

Meditó el joven sobre esto y le escribió esta carta:

No retiro ni una palabra, ni una sola, de lo que le he dicho... pero la puerta está abierta y usted es libre. Ya ha visto usted llegar a mi chofer y sacar los autos del barro. Puede hacer lo que quiera.

Pero Elena se marchaba, no queriendo saber nada de su dominador.

Sin embargo, al hallarse junto a la puerta, él la detuvo, la abrazó con pasión, y Elena no pudo protestar, ahogada por sus besos.



... ¿cómo había procedido Jorge, bien o mal?

Cuando recobró la respiración, preguntó, menos agresiva:

—¿Qué pretende usted hacer conmigo?

—Vamos a darle la contestación al cura.

Y descorrió un cortinaje y apareció un sacerdote preparado para echarles la bendición nupcial.

Y Elena se dejó dominar, encantada de aquella adorable aventura.

En tanto, Victoria canturreaba en el cuarto de Leonardo para que su maridín, su niño mimado, se durmiese.

FIN

GRAN ÉXITO en las selectas
EDICIONES ESPECIALES de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

de la extraordinaria producción,
premiada en el Concurso de La Haya,

La Princesa Mártir

por
Lucienne Legrand

Es una maravilla del afamado
REPERTORIO DULCINEA
M. DE MIGUEL

32 ilustraciones fotográficas

Artística portada

EXCLUSIVA DE VENTA

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERIA

Barbará, 16 - BARCELONA

Ferraz, 21, y Caños, 1 duplicado - MADRID